8. COMTE, August. Curso de filosofía positiva (lecciones 1 y 2)/Discurso sobre el espíritu positivo. Buenos Aires: Orbis, 1984, pp. 21-39

LECCIÓN PRIMERA

SUMARIO. *Exposición de la finalidad de este curso, o consideraciones generales sobre la naturaleza e importancia de la filosofía positiva.*

El objeto de esta primera lección es exponer claramente la finalidad del curso, es decir, determinar con exactitud el espíritu en el cual serán consideradas las diversas partes fundamentales de la filosofía natural indicadas en el programa que les he presentado.¹

Para poder formarse una opinión definitiva sobre la naturaleza de este curso, será necesario que todas sus partes sean plenamente desarrolladas. Es éste un inconveniente propio de las definiciones que hacen referencia a amplios sistemas de ideas, cuando éstas preceden a la exposición. Las generalidades pueden ser consideradas de dos maneras diferentes: o como introducción a una doctrina que se va a exponer, o como resumen de una doctrina ya expuesta; y si bien solamente de esta segunda manera adquieren todo su valor, no dejan de tener por ello menos importancia bajo la primera forma, ya que caracterizan desde un principio el tema que se ha de considerar. La delimitación precisa de nuestras investigaciones, trazada con toda la rigurosidad posible, es un preliminar particularmente indispensable en un estudio tan amplio, y hasta ahora tan poco determinado, como este del que nos vamos a ocupar. Así pues, obedeciendo a esta necesidad lógica, he creído necesario hacerles, desde este momento, una serie de consideraciones fundamentales que han dado origen a este nuevo curso, y que serán especialmente desarrolladas a continuación con toda la extensión que reclama la alta importancia de cada una de ellas.

1. Alusión al gran cuadro sinóptico que acompaña la obra.

I. ANTECEDENTES DEL POSITIVISMO: LEY DE LOS TRES ESTADOS²

Para explicar convenientemente la verdadera naturaleza y el carácter propio de la filosofía positiva, es indispensable, desde un principio, echar una mirada retrospectiva a la marcha progresista del espíritu humano considerado en su conjunto, ya que cualquiera de nuestras especulaciones no puede ser bien comprendida más que a través de su historia.

Así, al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde sus orígenes hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, a la cual está sujeto este desarrollo con una necesidad invariable y que me parece que puede ser sólidamente establecida, bien con pruebas racionales que nos proporciona el conocimiento de nuestra organización, bien con las verificaciones históricas que resultan de un atento examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras principales especulaciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto, y el estado científico o positivo. En otras palabras, que el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente, en cada una de sus investigaciones, tres métodos de filosofar, cuyos caracteres son esencialmente distintos e, incluso, radicalmente opuestos: primero, el método teológico; a continuación, el método metafísico; y, por fin, el método positivo. De aquí, tres clases de filosofías, o de sistemas generales de reflexión sobre el conjunto de los fenómenos que se excluyen mutuamente: el primero es el punto de partida necesario de la inteligencia humana, el tercero su estado fijo y definitivo, y el segundo está destinado únicamente a servir de transición.

En el estado teológico, el espíritu humano al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, hacia las causas primeras y finales de todos los efectos que le asombran, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales más o menos numerosos, cuya arbitraria intervención explica todas las anomalías aparentes del universo.

En el estado metafísico, que en el fondo no es más que una simple modificación del primero, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades⁴ (abstracciones personificadas), inherentes a los diversos seres del mundo, y concebidas como capaces de

2. Las subdivisiones han sido introducidas en la obra para una mayor comodidad en su lectura.

3. En el *Discurso sobre el espíritu positivo*, o.c. pág. 52: «Puede considerarse el estado metafísico, como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.»

4. Entidad: de *ens*: entes de razón, o, sobre todo, de imaginación.

engendrar por sí mismas todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste, así, en asignar a cada uno su entidad correspondiente.

Por fin, en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir, con el uso bien combinado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de similitud. La explicación de los hechos, reducida a sus términos reales, no será en adelante otra cosa que la coordinación establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, que las diversas ciencias han de limitar al menor número posible.⁵

El sistema teológico alcanza su más alta perfección, cuando substituye el juego variado de las numerosas divinidades independientes que primitivamente habían sido imaginadas, por la providencial acción de un ser único. De la misma manera, la culminación del sistema metafísico consiste en concebir en lugar de entidades particulares, una sola entidad general, la *naturaleza*, aceptada como la fuente única de todos los fenómenos. Paralelamente, la perfección del sistema positivo, hacia la cual tiende, aunque probablemente no será nunca alcanzada, consistiría en la representación de todos los fenómenos observables, como casos particulares de un solo hecho general, como por ejemplo el de la gravitación universal.

No es éste el momento de demostrar más ampliamente esta ley fundamental del desarrollo del espíritu humano, ni de deducir sus más importantes consecuencias. Trataremos de ello con toda la extensión conveniente, en la parte de este curso dedicada al estudio de los fenómenos sociales.*

Por el momento, sirvan estas explicaciones para determinar con precisión el verdadero carácter de la filosofía positiva, en oposición a las otras dos filosofías que han dominado sucesivamente hasta estos últimos siglos, todo nuestro sistema intelectual. Sin embargo, para no dejar sin demostración una ley de tal importancia y cuyas aplicaciones se presentarán frecuentemente a lo largo de este curso, señalaré ahora cuáles son los motivos generales más manifiestos que puedan constatar su exactitud.

5. Regla fundamental: «Toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real o inteligible» (*Discurso sobre el espíritu positivo*, o.c., pág. 54).

* (N. del A.) Aquellas personas que deseen aclarar de inmediato este tema, pueden consultar útilmente tres artículos de *Consideraciones filosóficas sobre las ciencias y los sabios*, que publiqué en noviembre de 1825 en la revista *El productor* (n.ºs 7, 8 y 10), y sobre todo, la primera parte de mi *Sistema de Política Positiva*, dirigida en abril de 1824 a la Academia de Ciencias, donde presenté por primera vez el descubrimiento de esta ley.⁶

6. No confundir con el *Sistema de política positiva*, en 4 volúmenes (1851-54), la obra de 1822 titulada: «*Plan de trabajos necesarios para reorganizar la sociedad*», «*Le Producteur*», publicación semanal dirigida por Saint-Simon que apareció de 1825 a 1826.

En primer lugar, creo que es suficiente la simple enunciación de esta ley para que su exactitud sea inmediatamente verificada por todos aquellos que tienen un conocimiento profundo de la historia de las ciencias. Pues no existe una sola ciencia que haya llegado al estado positivo, que no pueda ser analizada en su pasado como compuesta esencialmente de abstracciones metafísicas, o bien remontándonos más en el tiempo, como dominada por especulaciones teológicas. Tendremos incluso la oportunidad de ver, por desgracia, a lo largo de este curso, cómo las ciencias más perfeccionadas conservan, aún hoy, algunos rasgos importantes de estos dos estados primitivos.

Esta revolución general del espíritu humano puede ser ampliamente constatada, de una manera sensible, aunque indirecta, al considerar el desarrollo de la inteligencia individual. El punto de partida, al ser necesariamente el mismo en la educación del individuo y en el de la especie, hace que las diversas fases principales de la primera deban representar las épocas fundamentales de la segunda. Así, cada uno de nosotros, al analizar su propia historia, ¿no recuerda haber sido sucesivamente, en lo que se refiere a sus nociones más importantes, un *teólogo* en su infancia, un *metafísico* en su juventud y un *físico* en su madurez? Esta verificación será fácil para todos aquellos espíritus que sientan al unísono con el nivel de su siglo.

Pero, aparte de la observación directa, general o individual que prueba la exactitud de esta ley, debo mencionar en esta elemental presentación, cuáles son las consideraciones teóricas que manifiestan su necesidad.

La más importante de estas consideraciones, extraída de la naturaleza misma del tema, consiste en la necesidad experimentada en todas las épocas, de una teoría cualquiera que coordine los hechos, dada la evidente imposibilidad del espíritu humano de sistematizar una teoría, partiendo de la simple observación.

Desde Bacon, todos los espíritus serios afirman que no hay más conocimiento real que aquel que se basa en los hechos observados. Esta máxima fundamental es evidente, incuestionable si se la aplica como conviene, para unas mentes maduras como las nuestras. Pero, refiriéndonos a la formación de nuestros conocimientos, no es menos cierto que el espíritu humano en el estado primitivo no podía ni debía pensar así, ya que si bien toda teoría positiva tiene que estar basada necesariamente en la observación, también es necesaria una teoría cualquiera que coordine esta observación. Si al contemplar los fenómenos no los relacionáramos de inmediato con algunos principios, no solamente nos sería imposible combinar estas observaciones aisladas, y por tanto sacar provecho alguno de ellas, sino que seríamos incluso enteramente incapaces de retenerlas, y a buen seguro que los hechos permanecerían desapercibidos ante nuestros ojos.

Así pues, el espíritu humano, presionado por un lado por la necesidad de observar para poder obtener teorías reales, y por otro por la necesidad, no menos imperiosa, de crearse algunas teorías para poder continuar estas observaciones, se hubiera encontrado desde su nacimiento encerrado en un círculo vicioso del que no hubiera podido salir nunca, si no hubiera abierto felizmente, una salida natural por el desarrollo espontáneo de unas concepciones teológicas, las cuales han dado un punto de conexión a sus esfuerzos y han ofrecido un programa para su actividad. Independientemente de las profundas consideraciones sociales que aquí se unen, y que no debo tan siquiera mencionar en este momento, éste es el motivo fundamental que demuestra la necesidad lógica del carácter puramente teológico de la filosofía primitiva.

Esta necesidad es aún más manifiesta si observamos la perfecta adecuación de la filosofía teológica, con la naturaleza propia de los problemas a los que se entrega el espíritu humano durante su infancia. Es curioso ver cómo las cuestiones más inaccesibles para nuestros medios, tales como la naturaleza íntima de los seres, el origen y el fin de todos los fenómenos, sean precisamente las que con más interés se plantea nuestra inteligencia en este estado primitivo, que a su vez desprecia como indignos de una meditación seria todos los problemas solubles. Esto tiene una fácil explicación, y es que sólo la experiencia ha podido mostrarnos cuál es la medida de nuestras fuerzas; si el hombre no hubiese comenzado por tener una opinión desmesurada de ellas, nunca hubiera podido adquirir el desarrollo de que son capaces. Así lo exige nuestra organización. Pero, sea como fuere, representémosnos en la medida de lo posible, esta disposición tan universal y tan desmesurada, y preguntémosnos qué acogida hubiera tenido en aquella época, suponiéndola formada, la filosofía positiva, cuya mayor ambición es la de descubrir las leyes de los fenómenos, y cuyo carácter más peculiar consiste precisamente en considerar prohibitivos para la razón humana todos estos sublimes misterios de los que la filosofía teológica da razón, con tan admirable facilidad hasta en sus más mínimos detalles.

Sucede lo mismo si observamos la naturaleza de las cuestiones que ocupan primitivamente al espíritu humano, desde un punto de vista práctico. En este aspecto, esta búsqueda presenta al hombre el gran atractivo de un dominio ilimitado sobre el mundo exterior, considerado totalmente para nuestro uso, y cuyos fenómenos guardan relaciones íntimas y continuadas con nuestra existencia. Así, estas quiméricas esperanzas, estas exageradas ideas de la importancia del hombre en el universo que nacen con la filosofía teológica, y que destruyen sin remedio las primeras influencias de la filosofía positiva, son, desde sus comienzos, un estimulante indispensable sin el cual no se podría concebir cómo el espíritu humano se entregó a tan penosos trabajos.

Hoy estamos tan alejados de esta primitiva disposición, al menos en relación con la mayor parte de los fenómenos, que incluso tenemos dificultad para representarnos exactamente la necesidad y la fuerza de tales consideraciones. La razón humana es ya lo suficientemente madura, como para entregarse a laboriosas búsquedas científicas, sin tener a la vista ningún motivo ajeno a la ciencia, que sea capaz de actuar con fuerza sobre la imaginación, como los que se propusieron en su tiempo, por ejemplo, los astrólogos o los alquimistas. Nuestra actividad intelectual está suficientemente motivada con la simple esperanza de descubrir las leyes de los fenómenos, o con el simple deseo de confirmar o desmentir una teoría. Pero no podía suceder así durante la infancia del espíritu humano. Sin las atractivas quimeras de la astrología, sin las enérgicas decepciones de la alquimia, por ejemplo, ¿de dónde hubiéramos sacado la constancia y el ardor necesarios para recoger tantas observaciones y experiencias que han servido más tarde de fundamento para las primeras teorías positivas de una y otra clase de fenómenos?

Esta condición de nuestro desarrollo intelectual fue sentida ya hace tiempo por Kepler en el campo de la astronomía y en nuestros días por Berthollet en el campo de la química.

Vemos en este conjunto de consideraciones, que si bien la filosofía positiva es el verdadero estado definitivo de la inteligencia humana, hacia el que ésta siempre ha tendido, no es menos cierto que durante varios siglos esta inteligencia ha tenido que emplear, bien como método, bien como doctrina provisional, la filosofía teológica; filosofía cuyo carácter es el de ser espontánea y, por ello, la única posible en los orígenes, y la única también que ha podido ofrecer a nuestro espíritu infantil un interés suficiente. Fácil es comprobar ahora, que para pasar de esta filosofía provisional a la filosofía definitiva, el espíritu humano ha tenido que adoptar naturalmente como filosofía transitoria los métodos y las doctrinas metafísicas. Esta última consideración resulta indispensable para completar la exposición general de la gran ley que he presentado.

Es fácil concebir, en efecto, que nuestro entendimiento, obligado a progresar con pasos lentos, no podía pasar bruscamente y sin intermediarios, de la filosofía teológica a la filosofía positiva. La teología y la física son tan profundamente incompatibles, tan radicalmente opuestos los caracteres de sus concepciones, que antes de renunciar a unos para emplear exclusivamente los otros, la inteligencia humana ha tenido que servirse de concepciones intermedias, de un carácter espúreo, propias, por ello mismo, para preparar gradualmente la transición. Éste es el destino natural de las concepciones metafísicas: no tienen otra utilidad real. Cuando en el estudio de los fenómenos se substituye la prevalente acción sobrenatural, por la correspondiente e inseparable entidad, aunque ésta no sea concebida sino

como una emanación de la primera, el hombre se habitúa poco a poco a considerar los hechos en sí mismos, ya que las nociones de estos agentes metafísicos se convierten gradualmente en algo tan sutil, que quedan reducidas a ser, para toda mente sensata, los meros nombres abstractos de los fenómenos. Es imposible imaginar otro procedimiento, mediante el cual nuestro espíritu hubiera podido pasar de unas concepciones realmente sobrenaturales, a otras simplemente naturales, es decir, del régimen teológico, al régimen positivo.

II. LA FILOSOFÍA POSITIVA

Una vez establecida la ley general del desarrollo del espíritu humano y sin entrar en una discusión más especial sobre el tema, lo que quedaría fuera de lugar en este momento, nos concierne ahora determinar con precisión la naturaleza propia de la filosofía positiva, lo cual constituye el objeto esencial de este discurso.

Hemos visto por lo que precede, que el carácter fundamental de la filosofía positiva consiste en considerar todos los fenómenos como sujetos a *leyes* naturales invariables, cuyo descubrimiento preciso y la posterior reducción al menor número posible constituyen la finalidad de nuestros esfuerzos. Consideramos como absolutamente inaccesible y vacía de sentido la búsqueda de lo que llaman *causas*, sean éstas primeras o finales. Es inútil insistir demasiado en un principio que ha llegado a ser familiar para todos aquellos que tienen un conocimiento algo profundo de las ciencias de la observación. Todos sabemos que en las explicaciones positivas, incluso en las más perfectas, no tenemos la más mínima pretensión de exponer cuáles sean las *causas* generadoras de los fenómenos, ya que con ello no conseguiríamos sino retrasar la dificultad, antes al contrario, pretendemos analizar con exactitud las circunstancias de su producción y coordinar unos fenómenos con otros, mediante relaciones normales de sucesión y de similitud.

Aclararemos esto con el más admirable de los ejemplos: decimos que los fenómenos generales del universo son *explicados*, en la medida en que éstos puedan serlo, por la ley de la gravitación newtoniana, ya que esta gran teoría nos muestra toda la inmensa variedad de los hechos astronómicos, como si fueran uno y el mismo hecho, considerado bajo diversos puntos de vista: la tendencia constante de atracción entre las moléculas en razón directa de sus masas y en razón inversa de los cuadrados de sus distancias; aún más: este hecho general se nos presenta como una simple extensión de un fenómeno muy familiar para nosotros y por tanto perfectamente conocido, cual es el de la caída de los cuerpos. En cuanto a determinar en qué consista esta

atracción y esta gravedad, o cuáles sean sus causas, decimos que son cuestiones insolubles, que no pertenecen al dominio de la filosofía positiva y que se las cedemos, con todo derecho, a la imaginación de los teólogos o a las sutilezas de los metafísicos. La prueba más evidente de la imposibilidad de obtener tales soluciones es ver cómo cada vez que se ha intentado decir algo racional sobre este tema, las más prestigiosas mentes no han podido sino definir estos dos principios, el uno por el otro, es decir, para la atracción diciendo que no es otra cosa sino la gravedad universal, y para la gravedad diciendo que consiste simplemente en la atracción terrestre. Estas explicaciones que hacen sonreír, cuando con ellas se intenta explicar la naturaleza íntima de las cosas y el modo de producción de los fenómenos, son, sin embargo, lo más satisfactorio que podemos obtener, ya que nos muestran como idénticos dos órdenes de fenómenos que durante mucho tiempo fueron considerados como inconexos entre sí. Ningún espíritu sensato intentaría hoy ir más lejos.

Muchos más ejemplos se podrían citar y muchos han de ser los que a lo largo de este curso se presentarán, ya que éste es el espíritu que preside hoy todas las grandes combinaciones intelectuales. Uno más añadiré, tomado de las recientes investigaciones sobre el calor hechas por el Sr. Fourier. En él se confirman las observaciones generales que acabamos de hacer. Este trabajo, cuyo carácter filosófico es tan eminentemente positivo, desvela las leyes más importantes y más precisas de los fenómenos termológicos, sin que por ello el autor se haya empeñado, ni por un solo momento, en averiguar la naturaleza íntima del calor y sin que haya mencionado, sino para manifestar su inutilidad, la controversia tan agitada que existe entre los partidarios de la materia calorífica y los que hacen consistir el calor en las vibraciones de un éter universal; y sin embargo, las más importantes cuestiones, algunas de ellas aún no formuladas, son tratadas en esta obra, prueba de que el espíritu humano, sin entregarse a los problemas inabordables, y limitándose a los trabajos de índole enteramente positiva, puede encontrar en ellos una materia inagotable para su más profunda actividad.

Una vez caracterizado el espíritu de la filosofía positiva tan exactamente como me ha sido posible en esta breve introducción general, y a cuyo desarrollo completo está destinado el curso entero, debo examinar ahora en qué momento de su formación se halla hoy este espíritu positivo y qué queda por hacer para terminar de constituirlo.

En primer lugar hay que considerar que no todas las diversas ramas de nuestros conocimientos han recorrido con idéntica rapidez las tres grandes fases de su desarrollo señaladas en las páginas anteriores, y por tanto, tampoco han llegado simultáneamente al estado positivo. Existe a este respecto un orden invariable y necesario, que han recorrido y que ha sido obligatorio recorrer en su progresión, nuestras diversas clases de

concepciones y cuya consideración exacta es el complemento indispensable de la ley fundamental enunciada anteriormente. Este orden será el tema especial de la próxima lección. Por el momento será suficiente saber que este orden es conforme a la diversa naturaleza de los fenómenos, y que está determinado por su grado de generalidad, de simplicidad y de independencia recíproca, tres consideraciones que, aunque distintas, concurren a un mismo fin. Así, los fenómenos astronómicos han sido los primeros en ser tratados de una manera positiva, ya que son los más generales, los más simples y los más independientes; a continuación, por las mismas razones, los fenómenos de la física terrestre propiamente dicha, después los de la química y por último los fenómenos fisiológicos.

Es imposible precisar el origen exacto de esta revolución, ya que podemos afirmar que se ha ido realizando paulatinamente, igual que el resto de los acontecimientos humanos; en este caso particular, se ha ido cumpliendo a partir de los trabajos de Aristóteles y de la Escuela de Alejandría, y más tarde con la introducción de las ciencias naturales en la Europa Occidental por los árabes. Sin embargo, por fijar un momento más preciso y evitar así las divagaciones, señalaré esa fecha, hace dos siglos, en que la acción combinada de los preceptos de Bacon, de las teorías de Descartes y de los descubrimientos de Galileo, hizo que el espíritu de la filosofía positiva comenzara a pronunciarse en el mundo en clara oposición al espíritu teológico y metafísico. A partir de este momento, las concepciones positivas se separaron por completo de la alianza supersticiosa y escolástica que más o menos desvirtuaba el verdadero carácter de todos los trabajos anteriores.

A partir de esta época memorable, el movimiento ascendente de la filosofía positiva y el descendente de la filosofía teológica y metafísica han sido extremadamente notables. Hoy se hallan estos movimientos tan claramente definidos, que resulta imposible, para cualquier observador consciente de su época, desconocer el destino final de la inteligencia humana para los estudios positivos, así como su alejamiento cada vez más irrevocable de esas vanas doctrinas, de esos métodos provisionales que sólo podían convenir en su primera infancia. Esta revolución fundamental tendrá que cumplirse necesariamente en toda su amplitud. Si alguna gran conquista queda aún por realizar, si alguna parte principal del dominio intelectual queda aún por absorber, podemos estar seguros de que se han de cumplir, al igual que se cumplieron todas las otras. Sería evidentemente contradictorio suponer que el espíritu humano, tan dispuesto a la unidad de método, conservara indefinidamente, para una sola clase de fenómenos, su manera primitiva de filosofar, mientras que para el resto adoptara un camino filosófico de un carácter absolutamente opuesto.

Todo se reduce a una simple cuestión de hecho: la filosofía positiva que

en los dos últimos siglos ha tomado gradualmente tanta extensión, ¿abarca hoy todos los órdenes de fenómenos? Es evidente que no, y por lo tanto queda aún una gran operación científica que realizar, para dar a la filosofía positiva ese carácter de universalidad indispensable para su constitución definitiva.

En efecto, entre las cuatro categorías principales de fenómenos naturales, los astronómicos, los físicos, los químicos y los fisiológicos, se observa una laguna esencial relativa a los fenómenos sociales, los cuales, si bien quedan comprendidos implícitamente en los fenómenos fisiológicos, merecen bien por su importancia, bien por las dificultades propias de su estudio, formar una categoría distinta. Este último orden de especulaciones, que hace referencia a los fenómenos más particulares, a los más complicados y a los más dependientes del resto, ha debido, por esto sólo, perfeccionarse más lentamente que todos los precedentes, incluso sin tener en cuenta las especiales dificultades que serán tratadas más adelante. Sea como fuere, es evidente que no han entrado todavía en el dominio de la filosofía positiva. Los métodos teológicos y metafísicos, que para el resto de los fenómenos han sido ya abandonados, ya sea como medio de investigación o solamente como medio de argumentación, sin embargo, son todavía utilizados exclusivamente bajo uno y otro aspecto, para todo lo que concierne a los fenómenos sociales, aunque su insuficiencia a este respecto ha sido ya plenamente sentida por todas las mentes claras fatigadas de esas vanas réplicas interminables entre el derecho divino y la soberanía del pueblo.

Ésta es la única, aunque grande laguna que hay que rellenar para acabar de constituir la filosofía positiva. Ahora que el espíritu humano ha fundado la física celeste, la física terrestre mecánica o química, la física orgánica, vegetal o animal, fáltale completar el sistema de las ciencias de la observación fundando la *física social*. Ésta es la más grande y la más acuciante necesidad de nuestra inteligencia; ésta es, me atrevo a decir, la primera finalidad de este curso, su finalidad especial.

Las especulaciones relativas al estudio de los fenómenos sociales que intentaré presentar, y cuyo germen espero que este discurso deje ya entrever, no tendrán por objeto dar inmediatamente a la física social el mismo grado de perfección que ya poseen las restantes partes de la filosofía natural, lo cual sería evidentemente quimérico, ya que incluso entre ellas mismas existe una gran desigualdad, por lo demás inevitable. Pero éstas contribuirán a imprimir a esta última clase de nuestros conocimientos ese carácter positivo ya alcanzado por todas las otras. Si esta condición se cumple por fin, el sistema filosófico de los modernos estará definitivamente fundado, pues todos los fenómenos observables quedarán incluidos en una de las cinco grandes categorías establecidas de los fenómenos, astronómicos, físicos, químicos, fisiológicos y sociales. Cuando todas nuestras

especulaciones hayan llegado a ser homogéneas, la filosofía estará definitivamente constituida en el estado positivo; al no poder ya nunca cambiar de carácter, sólo le restará desarrollarse indefinidamente mediante las adquisiciones siempre crecientes que resultarán inevitablemente de nuevas observaciones, o de meditaciones más profundas. Habiendo adquirido con esto el carácter de universalidad que ahora le falta, la filosofía positiva llegará a ser capaz de substituir enteramente, con toda su superioridad natural, a la filosofía teológica y a la filosofía metafísica, cuya universalidad es hoy su única propiedad real, pero privadas de este motivo de preferencia, no tendrán para nuestros sucesores más que una existencia histórica.

Una vez expuesta ya la finalidad de este curso, es fácil comprender su segundo objetivo, su objetivo general, lo que hace de esta exposición un curso de filosofía positiva, y no sólo un curso de física social.

En efecto, la fundación de la física social, completando al fin el sistema de las ciencias naturales, hace posible, e incluso necesario, poder resumir los diversos conocimientos adquiridos, llegados ahora a un estado fijo y homogéneo, para coordinarlos, presentándolos como ramas diversas de un tronco único,⁷ en lugar de considerarlos como cuerpos aislados. A este fin, antes de proceder al estudio de los fenómenos sociales, consideraré sucesivamente, en el orden enciclopédico anunciado más arriba, las diferentes ciencias positivas ya formadas.

Doy por supuesto que no se va a tratar aquí de una serie de cursos especiales, acerca de cada una de las ramas principales de la filosofía natural. Aparte de la duración material de tal empresa, resulta evidente que esta pretensión sería insostenible por mi parte, y creo poder añadir que por parte de cualquier otro, en el estado actual de nuestra cultura. Por el contrario, un curso de la naturaleza de éste exige, para ser convenientemente entendido, unos estudios especiales previos acerca de las diversas ciencias que en él serán tratadas, ya que éstas serán el objeto de unas reflexiones filosóficas que, sin esta condición, serán imposibles de juzgar, y difíciles de comprender. En una palabra, es un *Curso de filosofía positiva* y no de ciencias positivas, lo que me propongo hacer. Aquí se trata únicamente de considerar cada ciencia fundamental en sus relaciones con el sistema positivo entero, y con el espíritu que las caracteriza, es decir, bajo el doble aspecto de sus métodos esenciales y de sus principales resultados. Frecuentemente, incluso, tendré que limitarme a mencionar estos últimos, siguiendo algunos conocimientos especiales, para tratar de resaltar su importancia.

Para resumir las ideas relativas a este doble objetivo del curso, debo

7. Alusión probable a la célebre comparación de Descartes: «Toda la filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la física, y las ramas que salen de este tronco son las otras ciencias que se reducen a tres principales, la medicina, la mecánica y la moral» (Descartes, *Principes, préface*).

señalar que los dos objetivos, el uno especial, el otro general, que me he propuesto, aunque son distintos en sí mismos, son necesariamente inseparables. Por una parte, sería imposible concebir un curso de filosofía positiva, sin la fundación de la física social, ya que carecería este curso de un elemento esencial, y sólo por eso, sus concepciones carecerían de ese carácter de generalidad que debe ser su principal atributo y lo que distingue a nuestro estudio actual, de la serie de los estudios especializados. Por otra parte, ¿cómo es posible proceder con seguridad al estudio positivo de los fenómenos sociales, si el espíritu no está previamente preparado con la consideración profunda de los métodos positivos ya utilizados para los fenómenos menos complicados, y respaldado además por el conocimiento de las leyes principales de los fenómenos anteriores, los cuales influyen de una manera más o menos directa sobre los hechos sociales?

Es cierto que no todas las ciencias fundamentales inspiran a los espíritus mediocres el mismo interés, pero para un estudio como el presente, no hay ninguna que deba ser despreciada. Cuando se las considera de una manera profunda, todas son equivalentes en importancia, para la consecución del bienestar de la humanidad. Además, aquellas que a primera vista presentan unos resultados de escaso interés práctico tienen, por el contrario, un gran interés, bien por la gran perfección de sus métodos, bien como fundamento indispensable de las restantes. Sobre este punto, tendré ocasión de volver más especialmente en la lección próxima.

Para prevenir, en la medida de lo posible, todas las falsas interpretaciones que pudieran surgir acerca de la naturaleza de un curso como éste, debo añadir algunas consideraciones que guardan relación directa con esa universalidad de conocimientos especiales que irreflexivamente algunos críticos podrían ver como la tendencia de este curso y que es considerada con justa razón como totalmente contraria al verdadero espíritu de la filosofía positiva. Estas consideraciones tendrán la ventaja de presentar este espíritu bajo un nuevo punto de vista que aclarará la noción general.

En las épocas primitivas no existía ninguna división regular de nuestros trabajos intelectuales; todas las ciencias eran cultivadas simultáneamente por los mismos espíritus. Este modo de organización de los estudios humanos, inevitable e incluso indispensable, como más adelante tendremos ocasión de constatar, cambia poco a poco, a medida que los diversos conocimientos se desarrollan. Por una ley cuya necesidad es evidente, cada rama del sistema científico se separa insensiblemente del tronco, cuando ha crecido lo suficiente como para soportar un estudio separado, es decir, cuando es capaz por sí sola de ocupar la atención exclusiva de algunas mentes. A este reparto de estudios se debe, evidentemente, el desarrollo tan considerable que ha tomado hasta nuestros días cada clase de los conocimientos humanos y que hace manifiesta para los modernos la imposibili-

dad de la universalidad de investigaciones especiales, tan fácil y tan común en los tiempos antiguos. En una palabra, la división del trabajo intelectual, cada vez más perfeccionado, es uno de los atributos más importantes de la filosofía positiva.

Pero, aun reconociendo los prodigiosos resultados de esta división, aun viendo en ella la verdadera base fundamental de la organización general del mundo del saber, es imposible no constatar los graves inconvenientes que ésta engendra, debido a la excesiva particularidad de las ideas que ocupan exclusivamente a cada inteligencia individual. Esta desagradable consecuencia es sin duda inevitable, ya que es inherente al principio mismo de la división, es decir, de ninguna manera llegaremos a igualar en este aspecto a los antiguos, para los cuales esta superioridad no se debía sino al escaso desarrollo de sus conocimientos. Me parece, sin embargo, que podemos evitar con medios convenientes los más perniciosos efectos de la excesiva especialización, sin impedir por ello la vivificante influencia de la división de los estudios. Es urgente ocuparse de ello, porque estos inconvenientes, que por su naturaleza tienden a acrecentarse sin cesar, empiezan a ser muy sensibles. Todos estarán de acuerdo en que las divisiones de la filosofía natural, hechas para una mayor perfección de nuestros trabajos, son en definitiva artificiales. No olvidemos, sin embargo, que pese a esta opinión, son raras en el mundo de la ciencia las mentes que abarcan en sus investigaciones el conjunto de una sola ciencia, la cual, a su vez, no es más que una parte del gran todo. La mayor parte de los investigadores se ocupan enteramente en la consideración más o menos extensa de una ciencia determinada, sin atender demasiado a la relación de estos trabajos particulares con el sistema general de los conocimientos positivos. Esforcémosnos en remediar el mal, antes de que sea demasiado grave. Mucho es de temer que el espíritu humano acabe perdiéndose en los trabajos de detalle. No nos engañemos, pues es éste el flanco débil por donde los partidarios de la filosofía teológica y de la filosofía metafísica pueden todavía atacar a la filosofía positiva con alguna esperanza de éxito.

El verdadero medio de detener la amenaza que pesa sobre el porvenir intelectual, debida a la excesiva especialización de los estudios individuales, no podrá ser evidentemente el retorno a la antigua confusión de los estudios, lo cual no haría sino retrasar la marcha del espíritu humano, y que por lo demás, hoy sería felizmente imposible. Por el contrario, ese medio consiste en perfeccionar la división del trabajo intelectual en sí mismo. Sería suficiente, en efecto, hacer del estudio de las generalidades científicas una gran especialidad nueva. Que una nueva clase de investigadores, preparados con una educación conveniente, sin entregarse al estudio perfecto de cada parte de la filosofía natural, se ocupara únicamente, considerando las distintas ciencias positivas en su estado actual, de determinar con exactitud

el espíritu de cada una de ellas, de descubrir sus relaciones y su coordinación, de resumir si es posible todos sus principios propios, al menor número de principios comunes, conformándose siempre a las máximas fundamentales del método positivo. Que al mismo tiempo, el resto de los investigadores, antes de ocuparse de sus especialidades respectivas, sean educados en el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovechar de inmediato estas informaciones prestadas por los sabios de las generalidades, y recíprocamente para rectificar sus resultados. Hacia este estado de cosas se aproximan día a día los investigadores. Una vez cumplidas estas dos grandes condiciones, la división del trabajo en las ciencias llegará sin ningún peligro tan lejos como lo exija el desarrollo de los diversos conocimientos. Con esta clase especial de investigadores, controlada incesantemente por todas las otras, y con la función propia y permanente de coordinar cada nuevo descubrimiento particular al sistema general, no se podrá temer en adelante que la excesiva atención prestada a los detalles impida observar el conjunto. En una palabra, la organización moderna del mundo del saber estará completamente establecida, y tendrá como finalidad el ir desarrollándose indefinidamente, conservando siempre el mismo carácter.

Formar así, del estudio de las generalidades científicas, una sección distinta del gran trabajo intelectual, es tanto como extender la aplicación del mismo principio de división, que ha separado sucesivamente las diversas especialidades; porque mientras las diferentes ciencias positivas han estado poco desarrolladas, sus mutuas relaciones no podían tener suficiente importancia como para dar lugar, al menos de una manera permanente, a un grupo especial de trabajos; asimismo, la necesidad de este nuevo estudio era menos urgente. Pero hoy, cada una de las ciencias por separado ha adquirido tal extensión, que el estudio de sus relaciones mutuas ha dado lugar a trabajos especializados; así también, este nuevo orden de estudios se convierte en indispensable para prevenir la dispersión de las especulaciones humanas. Así concibo el destino de la filosofía positiva en el sistema general de las ciencias positivas propiamente dichas. Tal es al menos el objetivo de este curso.

III. CUATRO APLICACIONES DEL POSITIVISMO

Una vez determinado, tan exactamente como me ha sido posible, el espíritu general de la filosofía positiva, debo señalar a continuación, con el fin de dar una visión más completa, las principales ventajas generales de un curso como el presente, si se cumplen convenientemente las condiciones esenciales relativas al progreso del espíritu humano. Reduciré este último orden de consideraciones, exponiendo cuatro propiedades fundamentales.

En primer lugar, el estudio de la filosofía positiva, al considerar los resultados de la actividad de nuestras facultades intelectuales, nos proporciona el único medio verdadero y racional de hacer evidentes las leyes lógicas del espíritu humano, las cuales hasta ahora han sido buscadas por caminos impropios para desvelarlas.

Para explicar convenientemente mi pensamiento a este respecto, citaré un ejemplo de teoría filosófica, expuesta por el señor de Blainville, en la espléndida introducción de sus *Principios generales de anatomía comparada*. Consiste en que todo ser activo, y en especial todo ser vivo, puede ser estudiado en todos sus fenómenos bajo dos aspectos fundamentales, el aspecto estático y el aspecto dinámico, es decir, como un ser apto para actuar y como un ser actuando efectivamente. Resulta claro, en efecto, que todas las consideraciones que se puedan presentar entrarán necesariamente en uno u otro campo. Apliquemos esta luminosa máxima fundamental al estudio de las funciones intelectuales.

Si estas funciones se las considera desde el punto de vista estático, su estudio no puede consistir sino en la determinación de sus condiciones orgánicas de las cuales depende: así, forman una parte esencial de la anatomía y de la fisiología. Al considerarlas desde el punto de vista dinámico, todo se reduce a estudiar la marcha efectiva del espíritu humano en ejercicio, mediante el examen de los procedimientos empleados en la obtención de los diversos conocimientos exactos, lo cual constituye, en esencia, el objetivo general de la filosofía positiva. En una palabra: al considerar todas las teorías científicas, como grandes hechos lógicos, solamente con la profunda observación de esos hechos, se puede llegar al conocimiento de las leyes lógicas.

Éstas dos son las únicas vías generales, complementaria la una de la otra, por las que se puede llegar a algunas nociones racionales sobre los fenómenos intelectuales. Claramente se ve que de ninguna manera se puede admitir esa psicología ilusoria, última transformación de la teología, que tan vanamente se pretende reanimar en nuestros días, y que sin ocuparse ni del estudio psicológico de nuestros órganos intelectuales, ni de la observación de los procesos racionales que dirigen nuestras investigaciones científicas, intenta llegar al descubrimiento de las leyes fundamentales del espíritu humano, contemplándose a sí mismo, es decir, haciendo completa abstracción de las causas y de los efectos.

La filosofía positiva, a partir de Bacon, ha llegado a tener tal preponderancia, y adquiere hoy tan gran ascendiente sobre los espíritus, incluso sobre los que han permanecido ajenos a su gran desarrollo, que los metafísicos, ocupados en el estudio de nuestra inteligencia, no han visto otra manera de frenar la decadencia de su pretendida ciencia, sino empeñándose en presentar sus doctrinas, como si estuvieran fundadas sobre la

observación de los hechos. Y así, han imaginado en estos últimos tiempos, que podían distinguir, por una singular sutileza, dos clases de observación de igual importancia, la una exterior y la otra interior, estando destinada esta última únicamente al estudio de los fenómenos intelectuales. No es éste el lugar de entrar en la discusión de este sofisma fundamental. Me limitaré sólo a indicar cuál es la prueba fundamental que demuestra que esta pretendida contemplación directa del espíritu por sí mismo, es puramente ilusoria.

Hasta hace poco tiempo, se creía haber explicado la visión diciendo que la acción luminosa de los cuerpos determina, sobre la retina, cuadros representativos de las formas y de los colores exteriores. Los fisiólogos han objetado, con razón, que si las impresiones luminosas actuaban como *imágenes* hacía falta otro ojo para contemplarlas. Y ¿acaso no sucede lo mismo en el caso presente?

Evidentemente, el espíritu humano puede observar directamente todos los fenómenos, excepto los suyos propios por más empeño que en ello pusiere. Porque, ¿cómo haría tal observación? Puede admitirse que el hombre se observe a sí mismo, tratándose de los fenómenos morales, ya que dada su constitución anatómica, los órganos que son la sede de las pasiones, son distintos de los destinados a las funciones observadoras. Y aunque cada uno de nosotros hayamos tenido ocasión de hacer sobre nosotros mismos tales observaciones, éstas no pueden tener una excesiva importancia científica, ya que el mejor medio de conocer las pasiones será siempre el de observarlas fuera de uno mismo, pues todo estado de pasión fuerte, justamente el que más interesa examinar, es incompatible con el estado de observación. Pero en relación a los fenómenos intelectuales, tal observación es por completo imposible de realizar. El individuo pensante no podría dividirse en dos: el uno razonando y el otro observándose en el razonar. Si el órgano observador y el observado son el mismo, ¿cómo podría darse la observación?

Este pretendido método psicológico es radicalmente nulo desde sus principios. ¡Consideremos a qué resultados tan contradictorios nos conducirá de inmediato! Por un lado, se nos recomienda aislarnos, en la medida de lo posible, de toda sensación exterior: sobre todo hay que evitar todo trabajo intelectual, porque, si nos ocupamos, aunque nada más sea de hacer el más mínimo cálculo, ¿en qué se convertirá la observación *interior*? Por otro lado, tras haber alcanzado, a fuerza de precauciones, ese estado perfecto de sueño intelectual, tendremos que ocuparnos en contemplar las operaciones que se sucedan en nuestro espíritu, ¡cuando en él, ya no sucede nada! Nuestros descendientes verán un día tales pretensiones llevadas a la escena.

Los resultados de tan extraña manera de proceder son perfectamente

acordes con sus principios. Hace dos mil años que los metafísicos trabajan así en la psicología y aún no han llegado a estar de acuerdo sobre una sola proposición que sea inteligible y sólidamente inmutable. Se encuentran, incluso hoy, divididos en una multitud de escuelas que disputan entre sí sobre los primeros elementos de sus doctrinas. La *observación interior* engendra casi tantas opiniones divergentes como individuos hay que la practiquen.

Los auténticos investigadores, los hombres dedicados a los estudios positivos, todavía están preguntando vanamente a estos psicólogos por un solo descubrimiento real, grande o pequeño, que se deba a este método tan alardeado. No hay que insistir en que todos sus trabajos carecen de resultados que puedan contribuir al progreso general de nuestros conocimientos, con independencia del eminente servicio que han prestado, al sostener la actividad de nuestra inteligencia en la época en que ésta no tenía nada más importante en que ocuparse. Pero puede afirmarse, siguiendo al ilustre filósofo positivo, señor Cuvier, que en los escritos de estos vanos psicólogos, todo lo que no consiste en metáforas tomadas por razonamientos son verdades que no provienen de su pretendido método, sino que han sido obtenidas de efectivas observaciones que han sido engendradas a lo largo del tiempo por el desarrollo de las ciencias. E incluso estas nociones tan evidentes, proclamadas con tanto énfasis, y que se deben sobre todo a la infidelidad de estos psicólogos a su pretendido método, se dan la mayoría de las veces o muy exageradas o muy incompletas, y siempre inferiores a las observaciones ya hechas sin ostentación por los científicos con los procedimientos que ellos emplean. Cómodo sería citar aquí una serie de ejemplos ilustradores, si no fuera conceder excesiva importancia a la presente discusión. Veamos, entre otros, lo que sucede con la teoría de los signos.

Las consideraciones relativas a la ciencia lógica que acabo de indicar son aún más manifiestas llevadas al arte lógico.

Cuando se trata no sólo de saber qué sea el método positivo, sino de tener de él un conocimiento bastante claro y profundo para poder usarlo con eficacia, sólo hay que considerarlo en acción; las diversas aplicaciones ya verificadas por el espíritu humano será lo que convenga estudiar. En una palabra, solamente con el examen filosófico de las ciencias es posible llegar a tal fin. El método no es susceptible de ser estudiado separadamente de los trabajos a los que se aplica, o al menos es un estudio muerto, incapaz de fecundar ningún espíritu que a él se dedique. Todo lo que se pueda decir de real, cuando se le considera en abstracto, se reduce a un cúmulo de generalidades tan vagas que no podrían tener ninguna influencia sobre el régimen intelectual. Cuando ha quedado bien establecido, en tesis lógica, que todos nuestros conocimientos deben estar fundados sobre la observación, que tenemos que proceder tanto de los hechos a los principios, como de los

principios a los hechos, y algunos otros aforismos similares, se conoce el método con menos claridad que quien de una manera un poco profunda ha estudiado una sola ciencia positiva, incluso sin intención filosófica. Por haber desconocido este hecho esencial, nuestros psicólogos se inclinan a tomar sus sueños por ciencia, creyendo comprender el método positivo, por haber leído los preceptos de Bacon y el discurso de Descartes.

Ignoro si más adelante será posible hacer *a priori* un curso sobre el método, independiente del estudio filosófico de las ciencias, pero estoy plenamente convencido de que hoy este estudio es irrealizable, ya que los grandes procesos lógicos no pueden ser explicados todavía con la precisión suficiente, al separarlos de sus aplicaciones. Me atrevo incluso a añadir que cuando tal empresa pueda realizarse, lo cual en efecto se puede concebir, solamente se conseguirá con el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos, para llegar a formarse un buen sistema de hábitos intelectuales, lo que constituye por lo demás el objetivo esencial del estudio del método. No creo necesario insistir sobre un tema que será frecuentemente tratado a lo largo de este curso y sobre el que presentaré nuevas consideraciones en la lección próxima.

Éste debe ser el primer gran resultado de la filosofía positiva: la manifestación por la experiencia de las leyes que acompañan en su ejecución a nuestras funciones intelectuales y por consiguiente el conocimiento preciso de las reglas generales convenientes para proceder con seguridad a la búsqueda de la verdad.

Una segunda consecuencia no menos importante, y de un mayor interés, que el establecimiento de la filosofía positiva definida en este discurso está necesariamente destinada a producir en nuestros días, es la de presidir la reforma general de nuestro sistema de educación.

Las mentes más clarividentes reconocen ya unánimemente la necesidad de reemplazar nuestra educación europea, todavía teológica, metafísica y literaria, por una educación *positiva* conforme al espíritu de nuestra época y adaptada a las necesidades de la civilización moderna. Las diversas tentativas que desde hace un siglo se han multiplicado, en especial en estos últimos años, para extender y para aumentar la instrucción positiva y a las cuales los diversos gobiernos europeos siempre han prestado su apoyo, cuando no han sido ellos los que han tomado la iniciativa, testimonian que por todas partes se desarrolla el sentimiento espontáneo de esta necesidad. Pero, y aun secundando con entusiasmo estas útiles empresas, no se debe olvidar que en el estado actual de nuestras ideas no se puede lograr el objetivo principal: la regeneración fundamental de la educación general, porque la excesiva especialidad y el pronunciado aislamiento que caracterizan aún nuestra manera de concebir y de trabajar las ciencias influyen en gran medida en la manera de exponerlas en la enseñanza. Si alguien

hoy quisiera estudiar las principales partes de la filosofía natural, con el fin de formarse un sistema general de ideas positivas, estaría obligado a estudiar por separado cada una de ellas, de la misma manera y con la misma intensidad que si quisiera convertirse en un especialista de la astronomía, de la química, etc., lo que convierte a este tipo de educación en algo casi imposible y demasiado imperfecto, incluso para los más dotados y en las mejores circunstancias. Esta manera de proceder, referida a la educación general, resulta, pues, quimérica. Y sin embargo, exige, sin ninguna duda, un conjunto de concepciones positivas sobre todas las clases de fenómenos naturales. Este conjunto debe llegar a ser, pese a todo, en una escala más o menos extensa, la base permanente de todas las combinaciones pedagógicas, incluso para las masas populares. La que debe en fin constituir el espíritu general de nuestros descendientes. Para que la filosofía natural complete la regeneración, ya tan preparada de nuestro sistema intelectual, es indispensable que las diferentes ciencias de las que se compone, presentadas a todas las mentes como ramas diversas de un tronco único, sean reducidas, ante todo, a lo que constituye su espíritu, es decir, a sus métodos principales y a sus resultados más importantes. Solamente así, la enseñanza de las ciencias puede llegar a ser, entre nosotros, la base de una nueva educación general auténticamente racional. El que tras esta instrucción fundamental vengan los diversos estudios científicos especializados, correspondientes a las distintas educaciones especiales que deben seguir a esta educación general, es algo de lo que evidentemente no se puede dudar. Pero la consideración esencial que he pretendido señalar aquí consiste en que todas estas especialidades, acumuladas incluso con grandes dificultades, resultarían insuficientes para renovar realmente el sistema de nuestra educación, si no estuvieran fundadas sobre la base previa de esta enseñanza general, resultado directo de la filosofía positiva definida en este discurso.

El estudio especial de las generalidades científicas no sólo está destinado a reorganizar la educación, sino que también debe contribuir al progreso especial de cada ciencia positiva por separado, lo que constituye la tercera propiedad fundamental que me he propuesto señalar.

Las divisiones que establecemos entre las ciencias, sin llegar a ser arbitrarias como algunos creen, sí son esencialmente artificiales. En realidad, el objetivo de nuestros esfuerzos es uno solo; lo dividimos únicamente con la intención de evitar dificultades para mejor resolverlas.⁸ Sucede más de una vez, que a pesar de nuestras divisiones clásicas, hay cuestiones importantes que exigirían una combinación de distintos puntos de vista

8. Segunda regla del Método de Descartes: «Dividir cada una de las dificultades que examinase, en tantas partes como fuera posible y como se requiriese para su mejor resolución» (*Discurso del Método*, Biblioteca de Iniciación Filosófica, Aguilar, 1968, pág. 65).

especializados, lo cual no puede suceder en la constitución actual del mundo del saber, lo que contribuye a dejar ciertos problemas sin solución durante más tiempo del que sería necesario. Este inconveniente se presenta sobre todo en los puntos más esenciales de cada una de las ciencias positivas. Se pueden citar abundantes ejemplos, algunos de los cuales se irán presentando cuidadosamente según el desarrollo de este curso lo exija.

Podría citar del pasado un ejemplo memorable, al considerar la maravillosa concepción de Descartes respecto a la geometría analítica. Este descubrimiento fundamental, que cambió la faz de la ciencia matemática y en el cual hay que ver el verdadero germen de todos los grandes progresos posteriores, ¿es acaso algo distinto del resultado de un acercamiento entre dos ciencias concebidas hasta entonces por separado? Pero más definitiva será la observación si la llevamos a problemas aún pendientes.

Me limitaré a escoger, de la química, una doctrina tan importante como la de las proporciones definidas. Desde luego, la memorable discusión suscitada en nuestros días, referente al principio fundamental de esta teoría, no podría ser vista, cualesquiera que sean sus apariencias, como irrevocablemente terminada. No se trata simplemente de una mera cuestión química. Creo que se puede adelantar que para obtener, a este respecto, una decisión totalmente definitiva, es decir, para determinar si se debe considerar como ley de la naturaleza el hecho de que las moléculas se combinen necesariamente en números fijos, será indispensable recurrir al punto de vista químico y al punto de vista fisiológico. Según la opinión de los más destacados químicos que han contribuido a la formación de esta teoría, lo más que se puede decir es que esta combinación molecular se da de una manera constante en la composición de los cuerpos inorgánicos, pero también es cierto que no sucede lo mismo en los compuestos orgánicos a los que parece imposible aplicar este principio. Así pues, antes de erigir esta teoría en un principio realmente fundamental, ¿no será conveniente reflexionar sobre esta gran excepción? ¿Acaso no tendrá este mismo carácter general, el hecho de que en todos los cuerpos organizados se den siempre números variables? Sea como fuere, un nuevo orden de consideraciones, pertenecientes por igual a la química y a la fisiología, es evidentemente necesario, para solucionar de alguna manera este gran problema de la filosofía natural.

Me parece oportuno señalar aún un segundo ejemplo de la misma naturaleza, que, aunque refiriéndose a un tema más particular, es mucho más concluyente para demostrar la importancia especial de la filosofía positiva en la solución de los problemas que exigen la combinación de varias ciencias. También lo tomamos de la química. Se trata de determinar la cuestión, aún indecisa, de si el nitrógeno ha de ser considerado, en el estado actual de nuestros conocimientos, como un cuerpo simple o como un

cuerpo compuesto. Sabido es que el ilustre Berzelius ha llegado a constatar la opinión de casi todos los químicos actuales, en lo que se refiere a la simplicidad de este gas, con consideraciones puramente químicas. Pero hay que señalar en especial, puesto que el mismo Berzelius así lo confiesa, la gran influencia que en él ha tenido la observación fisiológica según la cual los animales que se alimentan de materias no nitrogenadas encierran en la composición de sus tejidos tanto nitrógeno como los animales carnívoros. Así pues, parece evidente, según esto, que para decidir si el nitrógeno es o no un cuerpo simple, hay que hacer intervenir a la fisiología y combinar con las consideraciones químicas propiamente dichas, una serie de nuevas investigaciones sobre la relación que existe entre la composición de los cuerpos vivos y su modo de alimentación.

Sería superfluo multiplicar los ejemplos sobre estos problemas de naturaleza múltiple, que sólo se pueden resolver por la íntima combinación de varias ciencias que hasta hoy se estudian de una manera completamente independiente. Con los citados es suficiente para resaltar la importancia de la función que debe cumplir, en el perfeccionamiento de cada ciencia natural, la filosofía positiva, destinada en primer lugar a organizar de una manera permanente tales combinaciones, que sin ella no se formarían de la manera adecuada.

Por último, una cuarta y última propiedad fundamental que debo destacar desde este mismo momento en la que he llamado filosofía positiva y que merece, sin duda, una especial atención, ya que es la más importante en la práctica, es que ella puede ser considerada como la única base sólida de la reorganización social, que debe terminar con el estado de crisis en que se encuentran desde hace tiempo las naciones más civilizadas. La última parte de este curso estará especialmente dedicada a establecer esta proposición, desarrollándola en toda su amplitud; pero este esquema que intento presentar aquí carecería de uno de sus elementos característicos si renunciara a señalar esta consideración tan esencial.

Algunas simples reflexiones serán suficientes para justificar lo que en principio parece demasiado ambicioso.

No será a los lectores de esta obra a quienes pretenderé demostrar que las ideas gobiernan y perturban el mundo, o dicho de otra manera, que todo el mecanismo social reposa finalmente en las ideas. Los lectores saben que la ingente crisis política y moral de las sociedades actuales se debe en última instancia a la anarquía intelectual. Nuestro mal más grave consiste en esa profunda divergencia que actualmente existe entre los espíritus, de todas las máximas fundamentales, cuya invariabilidad es la condición primera de un verdadero orden social. Mientras todas las mentes individuales no se adhieran, con un sentimiento unánime, a un cierto número de ideas generales, capaces de formar una doctrina social común, es indudable que

el estado de las naciones continuará siendo esencialmente revolucionario, a pesar de todos los paliativos políticos que puedan ser adoptados, los cuales no conseguirán sino instituciones provisionales.⁹ Por la misma razón, es cierto que si estos espíritus son capaces de conseguir esta comunión de principios, las instituciones convenientes aflorarán, sin dar lugar a ninguna grave distorsión, ya que el mayor desorden quedará disipado con este solo hecho. En esto, pues, debe centrarse la mayor atención de todos aquellos que sienten la importancia de un estado de cosas verdaderamente normal.

Desde el punto de vista que hemos alcanzado a través de las diversas consideraciones expuestas en este discurso, nos será fácil caracterizar con toda claridad y en su profundidad el estado presente de las sociedades, y a la vez, deducir de qué manera se las puede cambiar esencialmente. Ateniéndome a la ley fundamental enunciada al principio de estas páginas, creo poder resumir exactamente todas las observaciones relativas a la situación actual de la sociedad, diciendo simplemente que el desorden de las inteligencias en que nos encontramos se debe, en último análisis, al empleo simultáneo de las tres filosofías radicalmente incompatibles: la filosofía teológica, la filosofía metafísica y la filosofía positiva. Resulta evidente que si una cualquiera de estas tres filosofías obtuviera una preponderancia universal y completa, habría un orden social determinado, mientras que el mal consiste en la ausencia de una verdadera organización. La coexistencia de estas tres filosofías opuestas impide por completo el entendimiento sobre cualquier punto esencial. Así pues, si esta manera de ver es correcta, únicamente se tratará de saber cuál de las tres filosofías puede y debe prevalecer, por ley natural; todo hombre sensato deberá esforzarse en conseguir el triunfo de esta filosofía, sin tener en cuenta cuáles hayan sido, antes de un análisis serio de la cuestión, sus opiniones particulares. Reducido el problema a estos simples términos, no se puede permanecer mucho tiempo en la incertidumbre, ya que es evidente por toda clase de razones, algunas de las cuales y de las más importantes ya he señalado en este discurso, que únicamente la filosofía positiva está llamada a prevalecer según el curso ordinario de las cosas. Es la única que a lo largo de los siglos siempre ha estado en constante progreso, mientras que sus antagonistas están en continua decadencia. Sea esto como fuere, poco importa: el hecho general es incuestionable y suficiente. Puede ser deplorado, pero no se le puede destruir, ni por tanto descuidar, sin el riesgo de entregarse a especulaciones ilusorias. Esta revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente cumplida: sólo resta, como ya he explicado, completar la filosofía positiva abarcando también los fenómenos sociales y a continuación resumirla en un solo cuerpo de doctrina homogénea. Cuando este

9. Recuérdese que estas páginas fueron escritas en 1830.

doble trabajo esté suficientemente avanzado, el triunfo de la filosofía positiva se realizará espontáneamente y se restablecerá el orden en la sociedad. La preferencia tan pronunciada que casi todas las mentes, desde las más preparadas a las menos dotadas, conceden hoy a los conocimientos positivos, sobre las especulaciones vagas y rústicas, hace presagiar la enorme acogida que tendrá esta filosofía, cuando adquiera la única cualidad que todavía le falta: su carácter de generalidad conveniente.

En resumen, la filosofía teológica y la filosofía metafísica se disputan hoy una tarea demasiado superior a las fuerzas de que disponen: reorganizar la sociedad; únicamente entre ellas subsiste aún la lucha a este respecto. La filosofía positiva no ha intervenido hasta el momento en la disputa, sino para criticar a ambas y para desacreditarlas por completo. Coloquémosla al fin en situación de tomar un papel activo, sin inquietarse por más tiempo de debates por lo demás inútiles. Al completar la vasta operación intelectual comenzada por Bacon, Descartes y Galileo, construimos directamente el sistema de ideas generales que esta filosofía está destinada a hacer prevalecer indefinidamente en la especie humana, y la crisis revolucionaria que atormenta a los pueblos civilizados estará terminada.

Éstos son los cuatro puntos de vista principales sobre los que la filosofía positiva ejerce una sana influencia, y que sirven de complemento esencial a la definición general que he tratado de exponer.

Antes de terminar, quiero retenerles un instante la atención para aclarar algunas nociones, que podrán evitar que se forme de antemano una opinión errónea sobre la naturaleza de este curso.

Cuando he asignado como finalidad de la filosofía positiva el resumir en un solo cuerpo de doctrina homogénea la totalidad de los conocimientos adquiridos, relativos a los diferentes órdenes de fenómenos naturales, quedaba lejos de mi pensamiento el querer proceder al estudio general de estos fenómenos, considerándolos a todos como efectos diversos de un principio único; como sujetos a una misma y única ley. Aunque trataré en especial esta cuestión en la lección próxima, quiero aclararla desde este momento, para prevenir las observaciones mal fundamentadas que podrían dirigirme aquellos que por una falsa apreciación clasificaran este curso entre las tentativas de explicación universal, que vemos aparecer día a día por parte de estudiosos completamente ajenos a los métodos y a los conocimientos científicos. No vamos a hacer aquí algo parecido; el desarrollo de este curso será la prueba evidente para todos aquellos a quienes estas explicaciones hayan podido dejar aún algunas dudas al respecto.

Estoy perfectamente convencido de que las tentativas de explicación universal de todos los fenómenos por una ley única, son totalmente quiméricas, incluso aquellas que han sido intentadas por los científicos más competentes. Creo que los medios de que dispone el espíritu humano son

aún demasiado débiles y el universo demasiado complicado para que esta perfección científica esté jamás a nuestro alcance; por otra parte, pienso que se suele formar generalmente una idea demasiado exagerada de las ventajas que de ella resultarían si es que ésta fuera alcanzable. En cualquier caso me parece evidente que, visto el estado actual de nuestros conocimientos, estamos aún demasiado lejos de que tales tentativas puedan ser razonables antes de un largo período de tiempo, porque si esto fuera posible, no podría ser de otro modo que coordinando todos los fenómenos naturales a la ley positiva más general que conociéramos, por ejemplo, la ley de la gravitación universal, que coordina ya todos los fenómenos astronómicos con una parte de los de la física terrestre. Laplace ha expuesto una teoría según la cual los fenómenos químicos serían simples efectos moleculares de la atracción newtoniana modificada por la figura y la posición mutua de sus átomos. Pero, aun sin contar con la indeterminación en que quedaría seguramente esta concepción, debido a la ausencia de datos esenciales relativos a la constitución interna de los cuerpos, es casi seguro que la dificultad de aplicarla sería tan grande que obligaría a mantener como artificial la división hoy existente como natural entre la astronomía y la química. Por tanto, esta idea de Laplace hay que tomarla como un mero juego filosófico, incapaz de ejercer ninguna influencia útil para el progreso de la ciencia química. Más aún, suponiendo como vencida esta enorme dificultad, no se habría conseguido la unidad científica, ya que habría que unir a continuación a la misma ley, al conjunto de los fenómenos fisiológicos, lo cual, por supuesto, no sería la parte más fácil de la tentativa, y sin embargo la hipótesis que acabamos de ver es, si bien se la considera, la que más favorece esta unidad tan deseada.

No creo que sean necesarios más detalles para aclarar que el objetivo de este curso no consiste en absoluto en presentar todos los fenómenos naturales como idénticos en el fondo, salvo la variedad de sus circunstancias. La filosofía positiva sería más perfecta si esto pudiera ser así. Pero esta condición no es necesaria, ni para su formación sistemática, ni tan siquiera para la realización de las grandes y ventajosas consecuencias a las que está destinada. No hay más unidad indispensable que la unidad de método, la cual puede y debe existir y se encuentra en su mayor parte establecida. En cuanto a la doctrina no es necesario que sea única: es suficiente con que sea homogénea. Así pues, desde el doble punto de vista de la unidad de método y de la homogeneidad de la doctrina, consideramos en este curso las diversas clases de teorías positivas. Aunque la tendencia sea la de reducir al máximo el número de leyes generales necesarias para la explicación positiva de los fenómenos naturales, lo cual es, en efecto, el objetivo filosófico de la ciencia, siempre consideraremos como temeraria la aspiración, incluso en un futuro lejano, de reducirlas exclusivamente a una sola.

He intentado en este discurso determinar, tan exactamente como me ha sido posible, el objetivo, el espíritu y la influencia de la filosofía positiva. He señalado también la meta hacia la que han tendido y tenderán mis estudios, ya sea en este curso, ya sea en cualquier otra ocasión. Nadie está tan profundamente convencido como yo de la insuficiencia de mis fuerzas intelectuales, aunque éstas fuesen muy superiores a su valor real, para dar respuesta a una tarea tan amplia y tan elevada. Pero lo que no puede hacer ni una sola inteligencia, ni en una sola vida, puede ser claramente propuesto por una sola persona. Ésta es toda mi ambición.

Una vez expuesto el verdadero objetivo de este curso, es decir, una vez fijado el punto de vista bajo el que consideraré las distintas partes de la filosofía natural, completaré en la próxima lección estos prolegómenos generales, pasando a la exposición del plan, es decir, a la determinación del orden enciclopédico que se debe establecer entre las diversas clases de fenómenos naturales, y por consiguiente entre las ciencias positivas correspondientes.